

LA NOVELA PARAMOUNT



TEJADOS
DE VIDRIO

FOR
MADE
BELLAMY
50 CTS.



BRENON, Hubert

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

—

LA NOVELA PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

(THE TELEPHONE GIRL, 1924)

TEJADOS DE VIDRIO

Interesantísima producción americana, interpretada por los célebres artistas

Badge Bellamy, Lawrence Gray, May Allison, Warner Baxter, etc.

or

: ES UNA PELICULA :

PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

PARAMOUNT FILMS, S. A.



Prohibida la reproducción
ilicita
por la censura gubernativa.

Imprenta J. HORTA, Cortes, 719 - Barcelona

TEJADOS DE VIDRIO

Argumento de la película

Una noche llegaron a un elegante hotel de Nueva York un hombre y una mujer. Los dos eran jóvenes; él, apuesto y juvenil; ella, graciosa y linda como una rosa de primavera.

Parecían ocultarse de las gentes como si temieran ser vistos y sorprendidos.

El hombre, ante el libro registro del hotel, dudó un momento, contempló con ojos ardorosos a su compañera, y luego firmó:

Mario Standish y señora.

Les dieron la llave del cuarto y subieron por el ascensor hacia la habitación destinada.

Cerróse la puerta... y no volvió a abrirse hasta la otra mañana, a pleno sol...



Pasaron cinco años... La vida dió cinco golpes a la campana de los siglos... El mundo siguió aplastando y creando ilusiones.

Jim Blake, cacique influyente en la política, se encontraba empeñado en una campaña que ponía en peligro su dominio en el distrito.

Iban a efectuarse elecciones para gobernador. Hasta entonces había ocupado este cargo Marcos Robertson, yerno de Blake, que aspiraba a la reelección. Durante el tiempo que fué gobernador, nada realizó de importante, y la gran masa electoral deseaba otro hombre más activo.

Aquella mañana Blake, en su habitación del Hotel Continental, alargaba a Stone, uno de sus amigos, dos telegramas que acababa de recibir.

Jim Blake:

El distrito de Hamilton dará a Standish una mayoría de cincuenta mil votos. En otros distritos tiene mayorías aproximadas.

Carson

Programa político de Standish conquista abrumadora mayoría en el distrito Norte. Créese que derrotará candidatura Robertson Gobernador.

Judd.

—¡Ah, diablo! — dijo Stone, defensor ardiente de la política de Blake—. Esta vez nos darán un disgusto. Es año de reformas y me temo que Mateo Standish ganará las próximas elecciones.

Una sonrisa fría, casi cruel, contrajo las facciones de Blake.

—El futuro gobernador será el mismo que tenemos hoy: mi yerno, Marcos Robertson. No lo dude usted.

En aquel instante entró en el despacho Marcos Robertson quien se enteró de las noticias recibidas.

Robertson vivía con su esposa en una finca de los alrededores de la ciudad.

—La lucha es dura, gobernador — dijo Stone.

—No me asusta — contestó Robertson—. No hay nada tan frágil como un candidato reformista. En un instante puede derrumbarse su prestigio.

—Pero Standish se apoya en la Iglesia y en el feminismo. La moralidad es el fuerte de su programa político.

—Yo creo que el hombre completamente moral no existe — dijo Blake—. Y hemos de buscar, precisamente, esa parte flaca de debilidad que hay en toda vida humana.

Y mientras ellos hablaban, se encontraba en su hogar de la otra parte de la ciudad Ma-

teo Standish, hombre cuyas convicciones políticas y cuya intacta honradez le habían colocado al frente de su partido.

Este Mateo Standish era el mismo joven que, cinco años antes, entró una noche, procurando ocultarse de las gentes, en la habitación de un hotel de Nueva York con una hermosa mujer...

Tenía grandes probabilidades de ser elegido. Era hombre simpático, de amables tendencias liberales, de programa político claro como la luz.

El buen pueblo, cansado de la indiferencia del actual gobernador, deseaba que le sucediera aquel hombre de tendencias modernas.

Standish era casado y vivía con su bella mujer y su hijito. Sus aspiraciones políticas y su cordialidad le iban a encumbrar a aquel cargo codiciado por tanta gente.

A aquella hora se encontraba Standish en su habitación vistiéndose de etiqueta para asistir a un banquete que se celebraba en su honor.

Telefonó al Hotel Continental donde se hospedaba Collins, uno de sus más influyentes amigos y organizador del homenaje.

—¿Quiere usted hacer el favor de decirle al presidente de la comisión de festejos que se ponga al aparato? — comunicó a la telefonista del hotel.

—Con mucho gusto, señor. ¿De parte de quién?

—De Mateo Standish...

Pienso votar yo también mañana por usted, señor Standish — dijo la voz delicada de la telefonista.

—Muchas gracias, señorita...

Catalina Kelly era la telefonista del hotel Continental donde se iba a celebrar el banquete en honor de Standish. Muchacha entusiasta del candidato liberal, deseaba ardientemente su triunfo y pensaba unir su voto al de sus admiradores.

Collins se puso al aparato.

—Oiga usted, Collins — dijo Standish —, llegaré un poco tarde al banquete. Haga el favor de disculparme con los correligionarios.

—No tarde usted mucho. Va usted a triunfar... Todos le llaman ya "gobernador Standish".

La telefonista escuchó, complacida, el diálogo. ¿Cómo la halagaban aquellas palabras anunciadoras del triunfo de su favorito!

Collins volvió al salón de banqueteres. Eran momentos febriles, de honda agitación. Se hablaba de que Blake y los suyos iban a efectuar lo imposible para derrotar a su contrario.

—Desconfío de Blake — dijo Collins —. No creo que un hombre como él acepte la derrota tan tranquilamente...

—Nada podrá contra nosotros.

Dos horas más tarde en su despacho del hotel Continental, hablaban Blake, Robertson y otros amigos.

Entró Tomás Blake, muchacho simpático y alegre, que llevaba una caja de flores.

A él no le preocupaban las cosas políticas; le interesaban asuntos más agradables y fáciles.

—¿Eh? — dijo el padre—. ¿Son para mí esas flores?

—Dispensa, papá, pero las he comprado yo para una chiquilla...

—¿Ah, tío! ¿Aventurillas?

—¡Cosas muy serias, de mucha formalidad, padre mío!

—Bueno. Ya hablaremos otro rato de tus cosas serias. Ahora tengo otras preocupaciones...

Tomás salió con sus flores hacia la computadora del amor...

Blake, olvidándose ya de su hijo y moviendo el rostro severamente, explicó:

—Tengo un detective investigando el pasado de Standish; ¿No se reirá de nosotros ese hombre!

—Pero, ¿cree usted poder usar de armas contra él?— dijo su yerno.

—Ya lo creo. Nos servirá su pasado, ese

pasado glorioso en el cual todos hemos cometido nuestros pecadillos.

Tomás se había dirigido hacia la sección de teléfonos del hotel, pues eran para la linda Catalina aquellas flores de primavera.

—Son para ti — le dijo él, entregándoselas—. Luego dirás que no me acuerdo, que no te amo...

—¡Oh, señor Blake...!

Sonreía ligeramente, pero su alma parecía alejada de allí. Sabía que allá cerca, en otro salón, se estaba celebrando la comida en honor de Standish, y hubiera deseado sumarse también a los aplausos que se tributaban al candidato. Pero la presencia de aquel joven, al que conocía por ser huésped del mismo hotel, ya que él y su padre vivían allí hacía unos meses para preparar y hallarse en el centro de la campaña electoral, la distrajo de sus pensamientos políticos.

—¡Muchas gracias, señor Blake! — dijo.

Y le envolvió en una sonrisa insinuante en la que palpitaban juntos el amor y el agradecimiento.

—¿Cuándo nos casaremos, Catalina? — preguntó él.

—¿Cree que su padre aceptaría sin reparos a una simple telefonista como hija política?

—Los reparos los apartaría yo con mi lógica. La mejor arma es estar enamorado.

—¡Qué guasón es usted!

—¡Nunca fui más formal!

—¡Pues no lo parece ahora!

Tuvo que dejar la conversación para atender a varios clientes que pedían distintas comunicaciones. Y Tomás se marchó, prometiéndose no cejar hasta que ella le diera el ansiado sí...

Arriba, en la habitación, había llegado el detective Jim Byrne, uno de los mejores de América.

Comunicaba a Blake, a Robertson y a sus amigos, interesantes noticias. Había descubierto, gracias a la hábil organización que desplegara, al ojo seguro de su pupila de detective, que cinco años antes Mateo Standish había pasado una noche en la habitación de un hotel con cierta señora. Tenía copia de la firma que Standish puso en el libro registro.

Mateo Standish y señora.

—¡Esta fecha es de hace cinco años, y Standish solamente lleva dos de casado!

—¡Magnífico! — dijo Blake, con entusiasmo—. Le felicito, Byrne. Tenemos en nuestro poder la espada que hundirá el prestigio de nuestro rival. ¡Ya salió el pasado! ¿Conque Standish, el hombre honrado e intachable, ha tenido también sus aventuras? ¿Es lo que se trataba de demostrar! ¿No; si no falla en ningún hombre!

Robertson no podía ocultar su satisfacción. Le parecía que aquella noticia derribaría el prestigio sin mácula en que se apoyaba su enemigo.

— Ahora — dijo Blake —, conviene que inmediatamente publiquen la noticia los periódicos. Será el golpe de gracia contra su candidatura.

Fue al teléfono y llamó a la central del hotel.

Catalina se puso al aparato.

— Comuníqueme con Van Dyke, del *Daily* — ordenó.

Puesta ya la comunicación, Blake telefoneó a cierto periodista amigo suyo.

— Tengo que darle una gran noticia — dijo—. Se trata de un escándalo acerca de Standish.

— ¡Hable usted!

— Se inscribió en el registro de un hotel con una mujer que no era la suya, hace cinco años.

— ¡Estupendo! Nuestra edición circula por todo el Estado y entrará en prensa dentro de dos horas. Pero necesitamos el nombre de la mujer.

— Estoy tratando de conseguirlo — dijo Blake.

Catalina, que había escuchado, al azar, la conversación, seguía con profundo interés el curso de ella. ¿Se trataba de un complot, de

algo que iba a perjudicar a su amigo Standish? ¿Qué tramaban aquellos hombres?

—Es necesario el nombre de la mujer — siguió diciendo el periodista — pues de lo contrario podría creer el público que se trataba de un libelo de la campaña política y nos perjudicaría.

—Tiene razón — respondió Blake —. Pero... dentro de poco habremos conseguido el nombre que necesitamos, se lo aseguro... Yo mismo redactaré el artículo que lebe publicarse. No olvide que tiene que salir esta misma noche, pues las elecciones son mañana!.

—No pase cuidado....

Blake colgó el aparato y dijo a sus amigos:

—Es preciso obrar rápidamente. Oye, Robertson, voy a dictarte el artículo. Escribe:

"El lema de los partidarios de Standish ha sido: un hombre honrado para un gobierno honrado..."

De pronto agregó:

—Yo no puedo entretenerme en dictar ahora... Necesito averiguar en el acto el nombre de esa mujer. Concluye tú el artículo, Robertson.

—Lo haré con todo el veneno necesario — dijo el gobernador.

Su suegro se echó a reír y dijo:

—Aunque en asuntos de mujeres dudo un

poco de tu buen criterio... en fin, hazlo como te parezca...

Blake abandonó la habitación y se dirigió a la central de teléfonos del hotel a hablar con Catalina.

Esta parecía preocupada. En su fuero interno algo le hacía comprender el poder e importancia de su cargo que la ponía en posesión de una gran parte de la vida y de los milagros de los hombres. Pensaba con pena en lo que Blake y sus amigos tramaban contra la recta personalidad de Standish.

Se extrañó al ver a Blake junto a ella. Tomás, que había ido a dar una vueltecita, volvía también a su lado, ansioso de estar al lado de su enamorada. Pero al darse cuenta de la presencia de su padre, el muchacho optó por apartarse discretamente.

Blake, mostrando a Catalina un billete, le dijo:

—¿Le gustaría ganar cien dólares, señorita Kelly?

—¿Con qué motivo? — repuso ella, algo sorprendida.

—Voy a hablar con el señor Standish. Es muy probable que él telefonee a cierta persona... después de nuestra conversación... Pues el número que llame tiene un valor para mí de cien dólares.

Catalina miró un momento, preocupada, a

aquel enemigo de Standish y respondió con una evasiva:

—Pesaré la oferta. Es inútil que hablemos de precio cuando aun no sé si conseguiré lo que desea...

—No se arrepentirá usted de servirme, señora...

Se alejó unos pasos y llamando a un criado le ordenó dijese a Standish, que se hallaba ya de sobremesa con varios amigos, que un caballero deseaba hablar con él.

Tomás pasó junto a Catalina y depositó en sus manos un papel. Luego se alejó sonriente. Catalina leyó el mensaje:

Te amo... Y me casaré contigo con o sin el consentimiento de mi padre.

Tomás

El rostro de Catalina se ensombreció... Ella sentía por Tomás una simpatía especial, más, ¿por qué aquella familia debía combatir de tal manera a un hombre como Standish a quien el pueblo admiraba?

Y aguardó impaciente a que Blake se entrevistara con Standish. Este no tardó en aparecer y los dos hombres a poca distancia de la telefonista, ajena, al parecer, a aquella cuestión, iniciaron un diálogo importante.

Standish miró extrañado a Blake, preguntándose por qué le habría llamado aquel hom-

bre, aquel enemigo del que sólo había recibido ofensas. Y contempló con marcada hostilidad a su interlocutor.

—¿Qué me quiere usted? ¿Por qué me llama?

Blake, con una sonrisa cruel, dijo, midiendo lentamente sus palabras:

Oiga, Standish; usted sabe que la política no tiene entrañas, pero yo no quiero arruinar la vida de usted sin antes proporcionarle el medio de salvarle.

Una sonrisa de indignación y de triunfo se retrató en las facciones del candidato.

—Es inútil, Blake — le dijo —. Está usted derrotado y recurre a un recurso extremo.

—¿Cuán equivocado anda usted! Finja públicamente que está seriamente enfermo y retire su candidatura. De lo contrario, mañana todo el Estado conocerá esa aventura de su vida... ¿No la recuerda?

Y le mostró un papel en que aparecía un nombre:

Mateo Standish y señora...

—¿No le entiendo a usted? — dijo Standish, angustiado.

—Haga memoria. Usted estuvo con una mujer, hace cinco años, en un hotel, y usted no estaba casado entonces...

—¡Ah, miserable! — rugió Standish, amenazador, comprendiendo la infamia.

—¿Se da cuenta ahora de que le tengo en mi poder?

—Oh, no se atreverá usted a hacer semejante cosa sin saber el nombre de la mujer!...

—Lo tendré antes de una hora — contestó con firme seguridad Blake—. De modo que está usted perdido. La prensa publicará la noticia, un largo artículo sobre ello.

Catalina escuchaba atemorizada aquel diálogo. ¿Qué misterio había, pues, en la vida de Standish para que el otro le pudiera amenazar con tan poderosa seguridad?

Standish temblaba de indignación. ¡La única aventura de su vida, aquella ligereza de su espíritu joven, la conocían sus enemigos políticos e iban a usar de ella para derribarle! ¿Cómo era posible que hubiese llegado a poder de ellos aquella historia? ¡Y si supiera Blake... si supiera!

—Ustedes no lograrán averiguar nunca quien era aquella mujer — dijo —, y jamás podrán acusarme en tal sentido.

—¡No es tan difícil como a usted le parece, Standish! Esa mujer dejó una pista que ahora estamos siguiendo.

—¡Ay de ustedes si hacen nada!

—No amenace, porque sería peor. Le hemos tendido una trampa y como nadie puede preverla, dentro de muy poco habrá caído usted en ella.

—¡Lo veremos! — dijo el candidato, con una palidez mortal.

—¡Pense bien lo que le conviene!... Espero la respuesta arriba, en mi cuarto.

Y envolviéndole en una mirada en que había una falsa piedad, murmuró:

—Soy demasiado bueno para ser un buen político...

Luego abandonó el *hall* del hotel.

El detective Jim Byrne comenzó a rondar por el salón contemplando lo que hacía Standish. Este aparecía desorientado, llevándose instintivamente las manos a la cabeza como si quisiera detener algún golpe amenazador del destino contra él.

—¡Estamos perdidos! — murmuró—. ¿Qué enorme conflicto! ¡Y es ese loco quien nos arruina!

Catalina le contemplaba miedosa, acobardada. ¡Pobre Standish, con la adhesión y la simpatía que ella le profesaba!

Standish se acercó a la telefonista y le dijo con un gesto de penoso convencimiento:

—Por Dios, póngame usted en comunicación con el Prosper 1001.

—En seguida, señor...

Standish se encerró en una cercana cabina y Catalina, después de apuntar el número en la lista de las comunicaciones pedidas durante

el día, escuchó atentamente la conferencia telefónica.

— Engracia — dijo la voz de Standish —. Soy Standish. Luego, más tarde, pasará a visitarte. He de prevenirte de un asunto importantísimo. Acabo de hablar con cierta persona.

— ¿Por qué me telefoneas? — dijo una voz nerviosa de mujer —. Nada quiero saber de ti.

— Engracia, Es cosa más grave de lo que tú te figuras.

— Es inútil que te cansas y adiós — contestó la mujer.

Standish, entristecido, dejó el teléfono y se alejó de allí con un aire de intensa preocupación.

A Catalina no se le escapó ningún detalle de aquel diálogo. Indudablemente la tal Engracia era la mujer con la que cinco años antes Standish había pasado una noche.

— ¡Ah, aquel número 1001 encerraba, por lo tanto, el secreto que convenía a los partidarios de Blake! Y ella, muchacha humilde, obrerita insignificante de un pobre hotel, era la poseedora del enigma. Pero, ¿contribuiría con su denuncia a la derrota de su candidato favorito? ¿Perdería a Standish comunicando a sus enemigos el número pedido que, indiscutiblemente, les pondría sobre la pista cierta de la dirección de aquella mujer? No; una negativa rotunda fué la contestación a esas palabras.

No. Ella sabía portarse con una fidelidad a toda prueba.

Y tranquilamente, con su goma de lápiz, borró de las comunicaciones pedidas aquel día, el número 1001.

Blake y el detective llegaron junto a la muchacha y le pidieron el número que había demandado Standish.

— No me acuerdo — dijo ella.

— ¡Vamos! ¿No lo ha apuntado usted? ¡Venga la lista!

Ella les mostró la lista telefónica y pronto Blake se convenció de que la telefonista les engañaba. Se conocían perfectamente las huellas sucias de haber sido borrado un número.

— ¡Ah, diablo! — dijo Blake —. Usted borró ese número. ¿Por qué lo ha hecho?

Y la devoró con la mirada de sus ojos implacables, acostumbrados a la dominación.

Catalina, sin perder la serenidad, contestó:

— ¿No cree usted que vale demasiado para escribirlo tan pronto?

— Va comprendo... — rugió Blake —. Se trata de un atraco. Quiere usted cobrarse con mucho dinero el numerito.

La telefonista no respondió.

— Pero no lo conseguirá — siguió diciendo Blake —. Pediré el número en la oficina central.

Y se alejó con su amigo Byrne, mientras Ca-

talina quedaba pensativa, melancólica... Ella tenía en sus manos tal vez la madeja de la victoria o del descrédito de Standish.



Momentos después, Blake se encontraba en la habitación del hotel, con su hijo Tomás y su yerno Robertson.

Robertson llamó a la central telefónica del hotel y dijo a Catalina:

—¿Quiere hacerme el favor de comunicarme con mi casa? Prosper 1001.

—Sí, señor...

Una vivísima inquietud se apoderó de la telefonista. ¿Por qué la coincidencia de aquel número? ¿Qué cosa tan extraña!

Escuchó la conversación con una nerviosidad inmensa.

—Llame a mi esposa al teléfono — dijo Robertson al ama de llaves de su casa.

Poco después él hablaba con su mujer.

—¿Eres tú, Engracia? — la dijo —. Ven al hotel Continental. Tu padre quiere verte. Probablemente te quedarás aquí en el hotel esta noche conmigo. Tengo mucho trabajo.

—Iré pronto — dijo una voz, vacilante, de mujer.

Catalina escuchó, horrorizada, aquel breve diálogo... Recordó el nombre de la mujer:

¡Engracia! Una realidad pavorosa se presentó ante ella, atormentando su corazón.

La llamada Engracia era la esposa del candidato Robertson, la hermana de Tomás, y había sido, seguramente, la mujer con la que Standish había estado una noche cinco años antes! ¡Qué inmenso horror! Con claridad meridiana adivinó una terrible tragedia. ¿Es que la esposa del candidato Robertson era o había sido la amante del candidato Standish?

Un mundo de confusiones, de dudas, ensombreció su imaginación. Era seguro que aquel número 1001, por el cual tan interesados se encontraban Blake y los suyos, correspondía al domicilio de la mujer cuyo paradero ellos ignoraban. Pero, coincidencia fatal, el 1001 era también el del hogar de Robertson!

V allá quedó la muchacha ante su cuadro telefónico, preguntándose qué tenía que hacer en aquel conflicto con su conciencia. Indiscutiblemente ella tenía en aquel instante en su poder los hilos de la tragedia y de la fatalidad.

Entretanto, en su habitación, el joven Tomás decía a su padre:

—Papá, quiero casarme...

—Te dije hace poco que no era este el momento de hablar el asunto tan grave.

—Pues yo he de insistir. Estoy enamorado... Y quiero casarme con Catalina, la telefonista.

Una gran carcajada estremeció la figura de Blake, mientras su yerno en una estancia contigua acababa de escribir el artículo sobre Standish.

—¿Tú estás loco! ¿Casarte con una muchacha como aquella?

—¿Qué tienes que decir a ello, papá? Catalina es pobre, pero es tan honrada como la que más.

—No quiero discutir. ¡Ah, diablo! — dijo con gesto levemente melancólico—. Es duro para un padre ver que su único hijo se echa en brazos de una cualquiera.

—Oh, no hables así! ¡No quiero escucharlo! — dijo el hijo, con los ojos llameantes de indignación.

—¿Por qué no haces un casamiento como el de tu hermana Engracia? — agregó su padre en voz baja—. Hoy es la esposa del gobernador, la primera dama del Estado.

Estuvieron discutiendo aún largo rato, hasta que llegó Engracia, la hija de Blake, que en automóvil había partido de su casa, tan pronto recibió el recado de su marido.

Blake pidió a su hija varios datos relacionados con un distrito en que su hija realizaba determinadas obras de caridad, y Engracia, le dió todas las explicaciones necesarias.

Engracia aparecía preocupada, procurando disimular su íntima turbación con una fina

sonrisa... En el fondo, sentía temblar su piel.

¡Ah, cinco años antes había tenido relaciones amorosas con Standish, el hombre que, por coincidencias del destino, estaba ahora candidato frente a Robertson, su esposo! Y ahora, después de no saber ya nunca más de él, el propio Standish le telefoneaba anunciándole algún hecho de indudable gravedad. ¿A qué podía referirse? Pero, nerviosa y altiva, no había querido escuchar nuevas palabras de su antiguo novio.

Procuró mostrarse indiferente con los suyos. De pronto, su padre la dijo:

—¿No sabes, Engracia? ¡Creo que tu hermano Tomás está enamorado de la telefonista del hotel!

—¿Qué tontería! — dijo ella, que seguía conservando también el orgullo de raza—. ¿Y tú se lo consentirás?

—¡Nunca, mientras me quede autoridad!

Tomás hizo un gesto de desesperación, de impotencia.

—No te disgustes, hermano — dijo Engracia—. Tú debes buscar una mujer de nuestra clase...

Largo se dirigió a saludar a su marido que estaba escribiendo ante una mesa.

Robertson la besó en los labios.

—Estoy abrumado, Engracia — le dijo—,

Vamos a derrotar completamente a Standish...
Esta noche será de impropio trabajo.



— Oreo que tu hermano Tomás está enamorado de la telefonista del hotel...

Engracia pensó de nuevo en el recado telefónico. ¿Qué habría entre aquellos dos hombres que se tenían un odio a muerte? ¿Qué

querria anunciarle Standish con aquella llamada llena del misterio de lo desconocido? ¿Por qué no había sentido la curiosidad de esperar?

Nos quedaremos hoy aquí — le dijo su marido—. Mañana celebraremos juntos la victoria. Ocupa las habitaciones contiguas a la de tu padre. Prefiero permanecer ahora aquí. Nuestra casa se halla demasiado lejos.

Le fueron destinadas unas habitaciones del mismo hotel junto a las que Blake poseía allí.

Ella, preocupadísima, fue a encerrarse en su nuevo alojamiento. ¿Y Standish? ¿Qué haría aquel hombre? Aquellas palabras de él le perseguían como una misteriosa pesadilla.

Se paseaba febrilmente por el cuarto con una nerviosidad inmensa... Ella ya no amaba a Standish, sino a su marido, pero ahora el recuerdo de aquella lejana aventura le ponía de insufrible humor... ¿Iba a tener alguna consecuencia aquel acto?

Mientras tanto, Blake, Robertson y sus amigos habían ido a la redacción del *Daily*. Llevaban escrito el artículo que debía aparecer en la edición matinal.

— ¿Qué le parece a usted? — dijo Blake al periodista —. Escuche...

Y leyó:

El lema de los partidarios de Standish ha

sido: "Un hombre honrado para un gobierno honrado"

Tanta importancia se ha dado a la moralidad de este hombre que no está de más el asegurarse si es tan moral como tratan de hacerlo aparecer.

Hay hechos que hacen dudar. Hace cinco años, cuando aun el señor Standish no se había casado, se inscribió en un hotel en compañía de una tal... como marido y mujer. Esto tal vez disgusta a los que nos han presentado a Standish como un modelo que nuestras hijas deben seguir y nuestras hijas admirar.

—¡Magnífico! — dijo Warner, el periodista—. Pero si antes de media hora no han conseguido ustedes el nombre de la mujer, no podrá publicarse en la edición de provincias.

—No podemos tardar en tenerlo — dijo Blake.

—Mandaré componer este artículo — agregó el periodista—, pero sería peligroso publicarlo sin el nombre de la mujer.

—Lo averiguaremos en seguida — dijo Blake—. Oigame, Byrne, telefoace usted a la Central Telefónica para que le den la lista de los números pedidos desde el hotel Continental. Costará trabajo averiguarlo, pero al final conoceremos quien es la mujer de marras... Stan-

dish ha telefonado a uno de los números. No hay más que ir preguntando a cada uno...

Y siguieron conversando en la redacción mientras el detective iba a cumplir su encargo.



Comenzaban las horas de la noche. Standish, en un automóvil, se había hecho conducir a la casa de Engracia en los alrededores de la ciudad. Una criada le advirtió que la señorita había ido a reunirse con su padre al hotel Continental.

Standish, nervioso, se dirigió hacia el hotel.

También Catalina estaba dispuesta a tomar sus determinaciones. ¡Era preciso salvar cuanto antes a Standish del borrón que intentaban echar sobre él! E impedir, también, que el nombre de Engracia, la hermana de Tomás, se viera arrastrado por el fango.

Enterada de que Engracia pasaría aquella noche en el hotel, y de que Blake y Robertson se habían marchado, abandonó su puesto telefónico, y tranquila, con la serenidad firme de las grandes causas hermosas, se dirigió a ver a la esposa del gobernador.

Engracia, que seguía impaciente, rebelán-

dose contra su destino, contempló, extrañada, a la humilde visitante.

La hizo entrar en el saloncito contiguo que correspondía a las habitaciones de su padre.

—¿Qué desea usted? — la dijo.

La dependienta, preciosa mujer, cuya belleza suprema no necesitaba de adornos, habló lentamente:

—Señora — dijo—, su papá y el señor Robertson están investigando un antiguo escándalo para derrotar al señor Standish.

Una palidez mortal cubrió el rostro de la esposa del gobernador.

—¿Y por qué viene usted a decirme esto? ¿Por qué piensa usted que puede interesarme? — contestó altivamente.

—Porque les falta el nombre de la mujer y la noticia no puede hacerse pública sin este requisito — dijo Catalina con las pupilas fijas en la hermana de Tomás.

Engracia asoró aquellas palabras con las amenazadoras de Standish. ¿Qué podían significar? ¡Ah, tenía, pues, algún fundamento aquella advertencia de él?

—¿Y usted sabe...? — murmuró.

—Conozco la historia — dijo friamente la telefonista—. La de una noche pasada en un hotel entre Standish y... una mujer.

Y sus ojos bellos contemplaron con altiva dignidad a la esposa del gobernador.

—¡V... yo sé quién es ella! — acabó diciendo.

La indignación, el odio, contellearon en los ojos de Engracia. ¡Miserable! ¿Cómo se atrevía a insinuar?

—Y usted quiere contar esa historia, ¿eh? — rugió.

—¡No, yo no la diré! — respondió la muchacha, dulcemente —, pero tal vez se conseguirá de otra manera. Yo, que soy partidaria de Standish, he venido para que usted procure evitar que se publique ese artículo que no sólo caería en descrédito de Standish, sino de una mujer...

—¿Se atreve usted a indicar que yo sé algo de eso?

Su brazo se levantó y pareció ir a incrustarse en el rostro de la telefonista. Una violenta ira se apoderó de ella.

—No se haga la desentendida, señora Robertson. Ya es tarde para disimular — añadió Catalina.

—¿Es usted un bicho malo! — rugió Engracia—. Y no creo una sola palabra de lo que ha dicho.

—¡Heor para usted! Mi deseo era solamente ayudar a esa mujer — añadió—, porque... porque es la hermana del hombre a quien amo.

Una nueva sorpresa se pintó en el rostro de Engracia.

—¿Conque usted es la telefonista que quiere casarse con mi hermano? — dijo, mirándola con desdén, de pies a cabeza.

Catalina, entristecida por lo mal que acogían su noble gesto, hizo ademán de marcharse.

Todo lo comprendo — rugió Engracia —. Se imagina que por mi mediación mi padre dará su consentimiento, ¿verdad? ¡Y se ha propuesto usted asustarme!

Llamaron precipitadamente a la puerta y Engracia, con un gesto de terror, no queriendo que la encontrasen allí con la telefonista, ordenó a ésta que pasase a una estancia contigua.

—Aguarde usted ahí y ya hablaremos — le dijo.

Abrió la puerta y retrocedió asombrada al contemplar ante ella a Standish, su antiguo novio, el hombre que la había telefonado con palabras amenazadoras y graves. Su presencia la emocionó.

—Engracia — dijo él, severamente —. Perdóname este paso. Pero he venido a prevenirte. Sé que tu marido quiere publicar un artículo explicando que yo estuve con una mujer hace cinco años. Y está realizando activísimas gestiones para averiguar quien es esa mujer. ¡Figúrate si llegara a descubrirse que eras tú!

El odio, la impotencia, el trágico dolor, ano-

nadaron a Engracia. Dejose caer rendida en un sillón sin osar levantar la cabeza...

Dios santo ¿conque era verdad lo que había indicado la telefonista?

—Pero, ¿cómo lo averiguarán, cómo? — gimió.

—No lo sé! — dijo severamente, Standish —, pero ellos tienen ya el nombre del hotel y copia de la firma que puse en el registro. Si averiguan toda la verdad, figúrate las fatales consecuencias del escándalo. El artículo con que ellos me amenazan no debe publicarse. ¡Lo has de impedir!

—¿Qué quieres que haga? — gritó la mujer, que sentía de nuevo revivir su pasado.

Ella ya no quería a Standish, aquello había sido un capricho, una ligereza de su juventud, olvidada definitivamente luego al contraer matrimonio. A quien ella, ahora, amaba era al gobernador.

—Debemos confesar la verdad a tu padre — dijo severamente Standish —, para que desista de averiguar quien era aquella mujer que estuvo conmigo.

—Eso no puede hacerse! — rugió la mujer. — ¿Qué dirían mi padre y mi marido?

—Si no lo hacemos, tal vez el asunto se hará del dominio público y tu nombre se verá envuelto en el escándalo. No te digo más.

—¿Y quién va a descubrirlo?

—¡Vete a saber! ¡Tienen detectives que lo averiguarán, gente lista que no se para en anidías!

¡Si ella hubiera sabido que Catalina tenía en sus manos la clave del secreto! ¡Tal vez de rodillas le hubiera entonces suplicado Engracia!

La esposa de Roberston contempló de frente a su antiguo amante. Le pareció que iba a usar un procedimiento infame, reprobable, para vencer a Roberston. Y sintió por él asco y desprecio.

—Al parecer — murmuró, friamente —, tratas de hacerme pagar caro el precio de tu victoria.

—Estoy tratando de salvarte. Te amaba, tú lo sabes, y quise casarme contigo, pero tú rehusaste.

—Rehusé porque yo no te amaba y estaba enamorada de Marcos. Entre tú y yo, desde hace cinco años, nada ha existido; somos como dos extraños.

Callaron los dos, sintiéndose cada uno atormentado por dolorosos pensamientos. Engracia pensaba también en Catalina, la telefonista que conocía igualmente la noticia y que tal vez iba a ser pronto del dominio público.

Comprendió que era preciso obrar rápidamente.

—Sí — dijo —, la telefonista del hotel ya

lo sabe. Es necesario hacer algo para que mi nombre no se entregue al fango, a la vergüenza pública, ¿comprendes? Pero tú a mi marido ni a mi padre puedo decirles yo mi falta... Escúchame, Standish, hazlo por mí, por tu antiguo amor... a ti tampoco te conviene un escándalo. Debes retirar tu candidatura... hacer algo para salir del mal paso...

Las lágrimas invadían casi sus ojos y comenzaba a sentir el miedo cruel del futuro.

Pero Standish, violento, enérgico, con una seguridad implacable, respondió:

—Me es imposible. He aceptado la dirección del partido y no puedo traicionar a los que depositaron en mí su confianza. ¡Eso nunca!

—Entonces, ¿prefieres mi deshonra, mi infamia, a tu salvación?

—Tienes en tu mano el remedio, ¿Cuéntaselo todo a tu padre!

—¿Me crees loca?

—Adiós, no sé qué decirte... corremos el albur... y sea lo que Dios quiera.

Escucharon pasos; alguien se acercaba a la habitación.

—Es mi padre — dijo.

Entraron Blake, Robertson y el detective. Al ver a Standish, su sorpresa fué extraordinaria.

—¿Usted aquí? — preguntó Blake —. ¿Ha

venido a decirnos que retiraba su candidatura?

Standish sonrió y contemplando fijamente a Engracia contestó:

—No; he venido a rogarle, por el bien de todos, que no emplee como arma política un desliz de mi vida privada.

—Tiene ya miedo, ¿eh? ¿Retira su candidatura?

—¡Eso no!

—Pues esta noche verá usted en el diario la noticia de su desliz y el nombre de esa mujer...

Engracia se estremeció.

—¡Peor para usted, desgraciado! — dijo Standish, con voz profética.

—¿Qué se ha creído? — dijo Robertson—. ¿Que nos hará retroceder en nuestro camino? No, no; mañana todo el Estado conocerá qué clase de sujeto es usted.

Standish, cruzado de brazos, sonreía de modo siniestro.

Engracia se levantó penosamente y se encaminó hacia la contigua habitación.

Acababa ella de entrar allí dejándose caer sobre la cama y llorando con hondo desconsuelo, cuando la telefonista, que permanecía oculta en un rincón, le dijo con voz dulce, viéndola tan apenada:

—Perdóneme, señora: antes le he dicho algo que la ha herido y lo siento de todo corazón.

Engracia, desconsolada, acarició con repentina suavidad, a la muchacha.

—La perdono, Catalina; usted no tiene la culpa. Pero, explíqueme, por Dios, lo que ha



—... antes le he dicho algo que la ha herido y lo siento de todo corazón.

averiguado usted; así, muy bajito, muy bajito, para que no nos oigan. Ellos están ahí.

Catalina le manifestó en breves palabras la coincidencia de los dos números.

—¡Ah, qué desgracia! — exclamó Engra-

cia— ¡Y yo tengo que luchar por mi vida y por el amor de mi esposo! ¡Y todo lo voy a perder si se descubre mi situación!

—¡Pobre señora! — dijo la telefonista, sintiendo piedad por la hermana de Tomás, por la hermana del hombre que ella quería, una gran piedad.

—¿Qué desgraciada soy! — dijo Engracia—. ¡Hace cinco años que no había visto a Standish! Pero, callémos. Ellos hablan, escuchemos lo que dicen.

Y cerca de la puerta, con inmensa emoción, heridas las dos por dolorosos sentimientos, la una ante el temor de perder al esposo si se descubría aquella falta anterior a su matrimonio; la otra, pensando en el desprestigio de Standish y en el deshonor de la hermana del hombre a quien ella quería, quedaron las pobres mujeres, ahogando sus íntimos suspiros, mezclando, abrazadas, las lágrimas en una dolorosa unión.

Standish, frío, impasible, contemplaba duramente a sus contrarios.

Blake, mostrándole una lista que acababa de entregarle el detective Byrne, dijo a Standish:

—Esta es la lista de los números que se han llamado desde el hotel de cuatro a cuatro y media. Uno de estos números es el de la mujer que buscamos. Y sabemos que usted ha te-

lefoneado a esa mujer, advirtiéndole lo que sucedía.

Standish permaneció silencioso.

En su escondite, Catalina y Engracia temblaron.

Blake decía entretanto a su enemigo político:

—Por última vez, ¿retira usted su candidatura?

—¡No!

—¡Piénselo bien! — rugió Blake—. ¡Haremos públicas cada una de las páginas de su vida privada y de la de ella!

—Les advierto que se anden con cuidado — advirtió Standish.

—¿Todavía nos amenaza? ¿No ve, infeliz, que está usted en nuestro poder? Ea, Byrne, empiece usted a telefonar y a enterarse de quien vive en cada casa.

El detective comenzó a cotejar los números y de pronto dijo:

—Veo aquí el Prosper 1001 que está apuntado dos veces.

Blake cogió la lista y dijo:

—Es tu número, Robertson. ¿Telefoneaste dos veces a tu casa?

—¡Es un error! — dijo el gobernador—. Solamente llamé a Engracia una vez.

—¡Magnífico! — dijo Byrne—. Dos números menos que cotejar...

Y con el lápiz los horró de la lista que le habían entregado en la oficina central.

—Pero ya averiguaremos de qué número se trata. Aquí hay veinte — dijo Blake—. ¡Si esa maldita telefonista de abajo quisiera decirnoslo, nos ahorraría mucho trabajo!

Engracia en su escondite contempló con miedo a la telefonista. Esta, estrechándole la mano, le dijo con noble serenidad:

—Confíe usted en mí, señora... ¡Nadie me obligará a hablar cuando no quiero!

Luego salió por una puerta de escape al corredor dirigiéndose hacia su puesto de teléfonos que había ocupado entretanto un muchacho.

Y la señora de Robertson prosiguió su espionaje temeroso ante la puerta.

El detective Hyne había comenzado a telefonar a las distintas casas de la lista, averiguando quien vivía en ellas. Pero pronto se convenció de que este procedimiento no podía darles ningún resultado. Uno de los números pedidos era un club aristocrático, otro una estación del ferrocarril, otro un asilo de viejos.

—Señor Blake, el procedimiento es inadmisiblemente — dijo el detective—. Perderemos rápidamente el tiempo. Lo mejor es llamar a la telefonista de abajo y exigirle que nos diga el número que horró...

—Es necesario apresurarse — dijo Robert-

son—. Saben ustedes que el periódico sale por la noche. ¿Por qué no publicamos en la primera edición el artículo sin el nombre?

—¡Si, sí... tiene usted razón!

Los ojos de Standish reflejaron la ira que la noticia le produjo.

—Vea usted el artículo que va a publicarse — le dijo Blake, mostrándole una copia de él—. ¿Qué le parece?

Standish devoró aquella noticia infame y luego contempló, angustiado, a sus enemigos. ¿Locos, locos? ¿Qué iban a hacer? No veían que andaban por tejados de vidrio? ¿Por qué pisaban recta y duramente de aquella manera, si podía partirse el suelo e ir todos hacia abajo?

—Por el amor de Dios, señores — gimió—, no permitan que se cubra de escándalo el nombre de esa mujer!

—¿Y qué me importa a mí esa mujer? — rugió Robertson, con inconsciencia suicida.

—¡Oh, imbécil! — gritó Standish—. ¡Si yo quisiera hablar!

—¡Pues hable usted de una vez! ¡Retire su candidatura!

—¡Nunca!

—¡Nada, nada! — dijo Blake—. La primera edición de provincias, que traiga el artículo sin el nombre y, entretanto, ya lo averiguaremos para la edición de la ciudad.

Engracia apareció en la habitación. En su rostro se denotaban el sufrimiento y la humillación. Contempló a todos con temor.

Standish la miró a su vez, sintiendo por ella lástima. ¡Pobre mujer! Pero, ¿iba él a sacrificarse hasta el extremo de abandonar su porvenir político, de traicionar a todos sus partidarios por salvar a la esposa de su mayor enemigo? Además, él ya no amaba a Engracia; la tenía olvidada por completo.

—Comuníquense con la redacción del *Daily* — dijo Blake por teléfono a Catalina.

Engracia le interrumpió:

—Padre — le dijo, contemplando con tristeza a Standish —, lo he oído todo... No se debe humillar así a una mujer. Desiste de publicar el artículo...

—Es un asunto inmoral, Engracia — dijo su padre —, y no puede haber nada de común entre tú y esa mujer. Por tanto, no intercedas en este asunto.

Engracia se dejó caer, conmovida, en un sillón, mientras Standish se paseaba nerviosamente y Robertson acudía a consolar a su esposa.

Blake telefoneó al *Daily*.

—Hemos decidido que se publique el artículo tal como está — dijo.

Catalina, desde la central, escuchaba, horrorizada, la conversación. ¡Y aquel artículo,

aquel comentario, iba a significar la ruina de una pobre mujer, de la hermana de Tomás, y luego el descrédito de un candidato honrado y noble como Standish!

Se agitaba en su asiento, con una nerviosidad febril.

—Publiquen en seguida el artículo — repitió Blake.

La voz del periodista le contestó:

—No podemos hacerlo sin que se conozca el nombre de la mujer...

—Ya se lo daremos más tarde. Dígame al director que se ponga al aparato.

Standish contempló, airado, a Blake que insistía en que el director autorizara la publicación, que su deshonra se esparciera por todo el mundo. ¡Oh, miserable!

Catalina, bruscamente acababa de interrumpir la conversación. Pensaba en lo que debía hacer para salvar a la pobre mujer a quien el destino se complacía en atormentar de tal modo.

—Pero, ¿han cortado la comunicación? — gritó Blake—. Oiga, Byrne, baje y vea qué ocurre en el cuadro de distribución.

Marchó el detective, y Blake volvió a llamar al aparato. Catalina, saliendo del ensimismamiento en que se encontraba, contestó:

—¿Qué hay?

—¡Oiga, señorita! Estaba hablando con la

redacción del *Daily*. Póngame usted de nuevo con dicho número.

Catalina no contestó, comprendiendo que iban a denunciar a la mujer y al hombre por quien ella se interesaba.

Puso, sin embargo, agitada por el cumplimiento de su deber, comunicación con el periódico.

—¿Es el *Daily*? — dijo Blake—. Pues, mire, es preciso que...

En aquel momento Catalina volvió a interrumpir la línea. Por nada del mundo, ella, pudiendo evitarlo, contribuiría a la deshonra de aquellos dos seres.

Una voz rugió detrás de ella:

—Conque haciendo maniobras, ¿eh? ¿Cuánto le paga Standish, señorita? ¿Venga usted conmigo hacia arriba!

Y el detective Byrne, cogiéndola brutalmente, la obligó a levantarse, y se la llevó hacia las habitaciones de Blake.

Este aguardaba ante el aparato. Standish comprendió que era necesario defenderse, no ser víctima de aquellos miserables que querían perderle, pregonando un desluz, y gritó, con súbita entonación de odio:

—¡Pues bien! ¡Si quieren conocer el nombre de la mujer...!

Y miró a Engracia.

Ella le contempló, angustiada, le hizo un

gesto de piedad tan doloroso, de tan trágica súplica, que Standish, se sintió desarmado.

—¡Hable, hable usted! — dijeron Blake y Robertson, entusiasmados.

El hizo un gesto de desprecio, se puso las manos en el cuello. Pareció ahogarse.

—¡No puedo! — dijo—. ¡Buenas noches! ¡Hagan de mi honor lo que quieran!

Y marchó de allí, mientras Engracia, rendida por la emoción, caía casi desvanecida.



Standish prefería la huida, la derrota, el infortunio, antes que deshonrar a una mujer. Su gesto sólo lo podría apreciar noblemente Engracia. El sacrificaba su vida, su partido, todo, en aras de una mujer.

¿Qué diría su esposa cuando se enterase de la noticia? Tal vez pidiese el divorcio al ver cubierto de oprulio el nombre de su marido. ¿Y sus partidarios le buscarían para echarle en cara su traición?

Mientras Robertson acudía a auxiliar a su esposa, Blake insistía ante el aparato.

Volvió a llamar al teléfono, pero ahora al ponerle en comunicación el muchacho que había sustituido a Catalina en su puesto, desde el *Daily* le respondieron que estaba ya tirada la edición de provincias, y que el director se encontraba ausente.

—¡Hemos llegado demasiado tarde! — dijo Blake, furioso—. Tendremos que esperar a la edición de la capital. Yo voy a la redacción. Procuraré que salga el artículo tal como está, en la segunda edición.

Robertson, entretanto, decía a su esposa:

—¿Te has impresionado, pobre mujercita? ¿Te encuentras ya mejor?

—¡Sí, sí, mejor! — dijo ella, con una sonrisa pálida—. Pero yo no quiero que pongáis ese artículo.

—¿Te has impresionado, pobre mujercita?

Apareció en el umbral de la puerta el detective Byrne, acompañado de Catalina, llevándola casi en brazos.

La pobre mujer, que se había resistido a ser llevada a las habitaciones de Blake, lloraba desconsoladamente.

—Hola, hola, ¿qué es eso? — dijo Blake.

—Aquí tienen ustedes a esa mujer. La sorprendí interrumpiendo deliberadamente cuando ustedes telefonaban. No hay duda de que es cómplice de Standish y que lo que quiere es ganar tiempo.

Engracia la contempló con emoción y sus ojos parecieron interrogarla pidiendo silencio. Ella contestó con un gesto de tranquilidad. No hablaría nunca, nunca.



—No hay duda de que es cómplice de Standish...

Blake, dirigiéndose a Robertson, dijo, entonces:

—Si conseguimos el nombre de la mujer, aun tenemos tiempo de hacer llegar el artículo completo a los lectores de la edición de la ciudad.

—Pues hay que conocerlo — rugió el gobernador—. Esa mujer lo borró expresamente de su lista. Si sabe el número, ella lo dirá.

Blake, enfurecido, dirigiéndose a Catalina, comenzó a hablarla:

—¿Por qué borró usted el número de la lista? Usted estaba en el cuadro de distribución cuando Standish telefoneó. ¡Díganos usted el número!

—¡No quiero! — gritó Catalina con firme serenidad.

—¿Que no quiere? ¡Y si le ofrezco mil dólares? Mil dólares, señorita, si nos dice el número! A usted, ¿qué más le da?

Engracia tembló. Comenzaba el soborno para aquella pobre obrera que jamás en la vida había podido ahorrar un billete. ¿Se mantendría lo bastante firme para no ceder a las voces de la seducción?

—No! — contestó, implacable y bella, la muchacha.

Todos la rodeaban, aturdiéndola con sus gritos, con sus miradas llenas de veneno y de odio, como un tribunal de inquisidores, queriendo arrancar una confesión a su víctima.

—¡Le ofrezco a usted dos mil!

—¡Nunca!

—¡Cuatro mil!

—¡Jamás!

—¡Cinco mil! — rugió Blake, exaltado.

Un noble gesto hizo negar aún a la doncella.

—¡No!

—¡Ah, miserable! Entonces, ¿qué quiere, vamos a ver? ¿cuánto pide usted? ¿Qué fortuna quiere para confesar su secreto?

—¡No quiero nada! ¡Nunca hablaré! — respondió Catalina.

—¡Miserable! ¡Traidora! ¡Está usted vendida a Standish, canalla!

En aquel instante apareció Tomás Blake, el enamorado de Catalina.

Al entrar, todos callaron, y Tomás, al ver a Catalina, corrió a su encuentro y la abrazó.

—Pero, ¿tú aquí, niña mía? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Ella se abrazó, desconsolada, a su enamorado. Era también por él por quien guardaba silencio, para que nunca la mancha del deshonor le alcanzara, prolongado por la vergüenza de su hermana.

Engracia, en un rincón, hacía esfuerzos por contener sus lágrimas.

Blake, al ver abrazado a su hijo con la telefonista, rugió:

—De manera que este es su precio, ¿eh? Quiere hablar si le doy por marido a mi hijo, ¿no? ¡Ah, cazadora de dotes!

—¿Qué es eso, papá? — gritó Tomás.

—¡La miserable! — respondió Blake—.

Pues yo no pago ese precio. ¡Mi hijo no será para una aventurera!

Y se pescaba nerviosamente mientras Catalina no hacía más que llorar.



—... ¿Stá aquí, niña mía? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Luego, Blake, amenazando con el puño a Catalina y obligando a su hijo a separarse de ella, gritó:

—Ya que ni ruegos ni atenciones ablandan a usted, tal vez con una temporadita en la cárcel lograremos desatarle la lengua.

La cabeza de la noble mártir negó aún.

—¡Llame a un guardia, señor Byrnel! — dijo Blake.

El detective desapareció para cumplimentar la orden.

Blake siguió implacable:

—Y ya en la cárcel comprenderá usted lo estúpida que fué no aceptando mi proposición. ¿No comprende su situación, loca? Deliberadamente y con intención maligna ha dejado usted de transmitir un mensaje telefónico, ¿oye usted?

—Escuche, loca — gritó Robertson.

Tomás tenía que realizar violentos esfuerzos para no lanzarse contra aquellos malvados entre los cuales, ¡oh, vergüenza! estaba su propio padre.

—La ley condena este acto imponiendo una multa de mil dólares o un año de cárcel... — siguió diciendo Blake.

—O ambos castigos — agregó Robertson.

Catalina, serenamente, sin inmutarse, pero con lágrimas que resbalaban por su garganta, contestó:

—Ya sé que su juez me impondrá los dos, pero... no diré nada.

Y había en ella tan firme resolución, que parecía una de aquellas mártires de la antigüedad que morían antes que renegar de su fe o de su ideal.

Engracia la contempló, conmovida, admitiendo su maravilloso proceder.

Tomás rugió, sin poder ya contener el odio que le rebosaba por el alma:



—*Ya sé que su fuer me impondrá los dos, pero... no diré nada.*

—*¡Vergüenza me da que sea usted mi padre!*

Blake, sin hacer caso de las palabras de su hijo, siguió gritando:

—*¡Si usted no habla, irá a la cárcel!*

Llegó de nuevo el detective Jim Byrne acompañado de un policía.

A la presencia de aquel hombre uniformado, la pobre muchacha tembló.



—*¡Vergüenza me da que sea usted mi padre!*

Todavía Blake y Robertson porfiaron para que cesase en su actitud la telefonista.

El detective, entretanto, había arrancado el monedero de manos de Catalina, y lo registraba. Se alegró al encontrar en su interior la lista de comunicaciones con el número borrado por la muchacha, y la cotejó con la que

le habían dado a él en la Central. De esta manera el número que estando en la lista de la Central aparecía borrado en la de Catalina, sería el que a ellos interesaba.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos para obligarla a hablar, Blake gritó:

—¡Detengan a esa mujer y llévensela!

—Lo que hacen ustedes con ella es criminal — rugió Tomás — y yo no permitiré que se la lleven!...

—Tú debes callar. ¿Ignoras que esta mujer es cómplice de Standish para vencer al marido de tu hermana? Deja para nosotros este asunto. Si ella te amara tanto como tú supones, no favorecería de tal manera a nuestro enemigo...

Tomás paseó, desesperado, mientras nuevas lágrimas caían rostro abajo de la muchacha.

¡Si supieran ellos que no era únicamente por Standish por quien ella, la mártir, callaba con un sacrificio de heroica resignación! Lo hacía también para que la hermana de Tomás no viera su nombre manchado con la más atroz de las deshonras...

—¡Acabemos! — gritó Blake, con implacable dureza—. ¡Llévenla ustedes bajo mi responsabilidad!

El policía la obligó a levantarse, y comenzó arrastrarla brutalmente, como a una criminal.

Engracia se levantó y dijo de pronto, impidiendo que se llevaran a Catalina:

—¡Esa mujer no puede salir de aquí!... ¡Debéis dejarla en libertad! ¡Yo lo quiero!...



... yo no permitiré que se la lleven.

Y había en su actitud algo más que una simple compasión hacia un semejante; había una desesperación nerviosa...

Su padre la apartó suavemente:

—¿Por qué te entrometes, Engracia? Esta es ya la segunda vez que lo haces...

Entonces, ella se arrodilló ante su padre y comenzó a llorar:

—¡No... no... esa mujer no puede hablar... seré yo... yo quien lo confesaré todo!...

La mayor emoción se apoderó de los rostros de todos. Catalina le hizo un gesto para que callase... Pero Engracia parecía pronta a hablar y hacer cesar el tormento de la noble sacrificada.

—¿Conoces, acaso, el nombre de la mujer? — preguntó su padre con profunda extrañeza.

Ella bajó la cabeza, anonadada.

—Sí, padre mío...

—No lo diga, señora — gimió la telefonista — Con amenazas no me amedrentarán. ¡No diga el nombre, señora Robertson, no lo diga!

Pero Engracia se levantó, y con un gesto noble, no queriendo que continuase aquella triste situación, dijo:

—¡Suelten a Catalina!... ¡Yo diré el nombre de la mujer!

—¡Magnífico! — gritó Blake, frotándose las manos —. Aun tendremos tiempo de publicarlo en la edición de la ciudad. Pero, ¿por qué has tardado tanto, Engracia?

—Es verdad, ¿por qué lo has ocultado hasta ahora? — preguntó su marido.

Ella bajó los ojos, horrorizada, loca de desesperación.

Iba ya a hablar cuando el detective Byrne, llevando en la mano unos papeles, se adelantó y dijo:

—Señores, ese artículo no puede publicarse en los periódicos...



—¡No diga el nombre, señora Robertson, no lo diga!

—¿Por qué? — dijo Robertson, con viva extrañeza —. ¿Qué pasa de particular?

—Pasa — dijo el detective, lentamente —, que he averiguado la misteriosa dirección telefónica que necesitábamos...

Engracia y Catalina cambiaron una mirada, anonadadas... ¡Todo iba a descubrirse!

Blake, su hijo y Robertson, contemplaban impávidos a Byrne.



— ¡Suslten a Catalina! ¡Yo diré el nombre de la mujer!

— ¡Vean ustedes — dijo el detective —; la lista facilitada por la central contiene veinte direcciones, entre las cuales figuran dos llamadas a su casa de usted, Robertson, al número 1001... En la lista que he cogido a la señorita Kelly, figuran diez y nueve llamadas,

y la que falta, la que fué borrada con goma, es, precisamente, una de las de su casa de usted... ¿Qué dice a esto?

El estupor, la emoción, se pintó en todos los semblantes.

— Pero esto es imposible — gritó Robertson —; aquí hay un error... ¡A mi casa llamé únicamente yo desde el hotel!

El detective contempló fijamente a Robertson, y le dijo, con una lentitud calculada:

— ¡Y si fuese Standish quien llamó a la casa de usted?

— ¡Oh! — rugió Robertson —; Imposible... imposible!... ¡Engracia, Engracia, por Dios! — dijo, suplicante —; ¿Te das cuenta de lo que ese hombre insinúa?

La esposa lloraba sin contestar, agitada por trágicos sollozos.

— Dile que miente, Engracia, échale en cara la infame mentira... ¿Verdad que únicamente telefoné yo a casa?

— ¡Habla, hija mía, habla! — gritó Blake.

Engracia alzó la cabeza; en su piel las lágrimas habían dejado regueros oscuros.

— Pues bien — dijo —, es verdad; Standish me telefonó... La mujer que hace cinco años estuvo con él era yo...

Robertson alzó el puño, amenazador, queriendo caer sobre su esposa.

— ¡Ah, infame! ¡Traidora!...

Blake y Tomás corrieron a sujetar a Robertson... Este se dirigió a un rincón del gabinete... Catalina lloraba...

—¡Qué asco! ¡qué asco! — rugió el padre—. Y yo he estado a punto de causar mi



—¿Te das cuenta de lo que ese hombre insinúa?

propio deshonor, mi propia vergüenza. Mas ¿por qué no hablaste antes?

—No puedes imaginar cuánto he deseado decírtelo — gimió Eragracia —, pero no me atrevía... ¡Me era imposible!... Padre, padre, díselo a Robertson... Yo le he sido siempre

fiel... desde que me casé, sólo a él he querido... ¡Hacia cinco años que no había visto a Standish!...

El detective se adelantó a Blake, y le dijo: —Yo me marcho, señor... Nadie sabrá nada de lo que aquí ha ocurrido. ¡Le doy a usted mi palabra de honor!

Byrne desapareció junto con el policía.

Eragracia, desesperada, siguió diciendo:

—Ha sido la fatalidad la que ha llevado todas estas cosas. Y Catalina, esa mártir, merece nuestro perdón... ¡Porque no guardó silencio únicamente por Standish... sino por mí... ella vino a advertirme todo... no quería que me viese envuelta en la deshonra!...

Tomás corrió a abrazar a Catalina.

—¡Mi pobrecita niña, mi santa niña!... ¡Cómo te quiero!...

Y Catalina se dejó caer en sus brazos...

Blake tenía un gesto de vencimiento, de hondo cansancio... ¡Era inútil luchar contra la fatalidad!... Ya no le interesaba el triunfo en las elecciones; que veía imposible; lo que quería, por encima de todo, era la felicidad de su hija.

Acercóse lentamente a Robertson, que parecía aniquilado bajo el peso de un dolor formidable, y le habló:

—Robertson, acuérdate que prometiste amarla y protegerla... Has de cumplir tu prome-

sa... Mi hija te ha sido fiel desde que te casaste... Olvidemos su tiempo anterior... Todos, este día de hoy, hemos vivido con una



—¡Mi pobrecita niña, mi santa niña!

intensidad dolorosa... Olvidemos, querido mío, Engracia, a pesar de todo, es una buena mujer...

Robertson alzó la cabeza y vio cerca de él

los ojos de su mujer que derramaban lágrimas de intenso dolor...

—Perdóname, Marcos — dijo ella —, per-



... tanta un gesto de vencimiento, de hondo cansancio...

dóname; seré desde hoy tu esclava y tu sierva. Yo nunca me atreví a confesarte mi pecado anterior. Pero en castigo de él, yo te amaré cada día más y más. Te lo juro...

Robertson se sentía sin fuerzas para responder. Interiormente su alma estaba muerta. Podía perdonar pero no olvidar aún...

Y lloró junto a su mujer, y aquellas lágrimas hicieron pensar a todos que el marido perdónaba.

Blake, melancólico, queriendo poner paz en aquel reino de las sombras, siguió hablando:

—Y tú, hijo mío, Tomás, si amas de veras a Catalina, cástate con ella. Es el mejor premio que puedo yo darle después de su noble conducta... Y, señorita Kelly, perdóneme usted mi brutalidad.

Tomás abrazó a su enamorada. Y Catalina, dijo, entre lágrimas:

—¡Oh, señor Blake... gracias... ¡Adoro a su hijo!... ¡Usted hace mi felicidad!...

Y siguió abrazada a él, mientras en otra parte de la sala, Engracia lloraba a los pies de su marido.



Pasó el tiempo, bálsamo eterno de consuelo y esperanza...

Standish fué elegido por mayoría abrumadora, y el pueblo tuvo en lo sucesivo un gobernador intachable, que se preocupaba de los intereses a él encomendados.

Y aquel artículo de escándalo no se publicó jamás...

El nuevo gobernador olvidó ya aquella aventura pasada, para vivir únicamente por su mujer, su hijo y las obligaciones de su profesión...

Y los Blake se resignaron a su nueva situación. Robertson perdió su cargo de gobernador, y para olvidar su tristeza, marchó con su esposa y su padre político a Europa a efectuar un largo viaje.

Y Robertson, que aún no había podido olvidar, fué, al cabo de muchos meses, vencido por el amor cada vez más ardiente y fiel de su mujer. Y, finalmente, perdonó de veras, no queriendo acordarse más de la falta pasada de su esposa.

La vida anterior estaba muerta. La vida de Engracia comenzaba de nuevo en su matrimonio...

También Catalina y Tomás Blake se casaron... Y ella, la humilde telefonista, la obrera de la gran ciudad, encontró en la riqueza y en el amor de su marido, una sagrada recompensa...

Merecía ser feliz; su alma era la de las mujeres que saben morir y guardar silencio antes que rendirse...

FIN

Próximo número:
ENTRE BASTIDORES

por NORMA SHEARER

Sea Vd. coleccionista de LOS GRANDES FILMS
¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

LEA USTED
LA MARIPOSA DE ORO

por LILY DAMITA

En las selectas Ediciones Especiales de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
¡ SIEMPRE LO MAS GRANDE !

BIBLIOTECA " NUESTRO CORAZÓN "

de

Ediciones **BISTAGNE**

Acaba de publicar la sentimental novela:

LA FALTA DEL HOMBRE

por RENÉ TROTET DE BARGIS

EN PREPARACIÓN:

MUJERES

por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE